Multidimensionalidad del yo

Claudio Zamorano
Rodrigo Morales
Carolina Besoain

No es posible hablar de cualquier cosa sin bosquejar lo con lo que no es. Cada expresión de la vida es en relación a otra cosa.

Michael White

Entendemos que los procesos de cambio humano nunca son lineales progresivos: de una cosa no se pasa a otra, de un momento específico no ocurre otro claramente distinto; las transformaciones en toda la complejidad que la vida humana social y discursiva posibilita, genera distintas posiciones en dicho proceso: sedimentación, eclecticismo, integrativismo, radicalizaciones, escapatorias. Como en un jardín japonés, alcanzar una cima o un *claro* siempre deja oculto parte del camino recorrido y en el misterio lo que queda detrás de los arbustos que se plantan frente a nosotros.

Estar en un *claro* no constituye en sí misma la posibilidad de ver con mejor perspectiva, desde el ojo de Dios; no obstante dicha apertura da la oportunidad para describir un campo de mirada, recordar cómo se ha llegado, declarar desde nuestro estado de ánimo los momentos memorables del recorrido, y establecer de qué modo creemos y sentimos ser distintos gracias a la aventura trazada.

Utilizando ésta metáfora, queremos exponer nuestra impresión, y por cierto nuestro deseo, de haber llegado a un *claro* en el jardín de los modelos sistémicos. No obstante, antes de describir lo que nuestro campo de mirada observa desde este lugar, queremos describir el camino que creemos haber recorrido, aunque como toda descripción -y siguiendo a Derridá-, será por cierto editada y finita.

Tal como lo señala la frase asignada a Michael White, toda distinción es respecto de un contraste, de un trasfondo o de un punto de referencia desde el cual lo trazado en

parte se diferencia, pero que en parte también contiene aspectos de lo que se diferencia. Lo distinto no suele ser lo opuesto.

Así, debemos considerar que la "respuesta" a algo no es sólo en tanto a una pregunta que requiere ser respondida, sino también "la respuesta" es un movimiento que diferencia y que da cuenta de una reacción.

Así planteado, podemos plantear el problema a desarrollar desde las siguientes interrogantes: ¿a qué preguntas ha respondido la psicoterapia sistémica? y también, ¿a qué ha reaccionado?, y ¿desde qué estado de ánimo ha sido respondida? ¿Qué comprensión previa hizo posible tanto la pregunta como la reacción de la respuesta?

Intentemos ingresar en estas interrogantes.

Tradicionalmente, los modelos sistémicos han sido categorizados en dos grandes marcos:

- Los modelos de primer orden, señalados por la influencia de la cibernética y la teoría general de sistemas, los cuales han sido caracterizados –y quizás injustamente caricaturizados- como modelos de los sistemas observados, con terapeutas directivos y enérgicos actuando sobre el sistema familiar.
- Por otro, los modelos de segundo orden, señalados bajo la influencia del giro epistemológico de los años 80 y que han sido caracterizados –quizás con demasiada prepotencia- como los modelos de los sistemas observantes, con terapeutas que se preocupan del lenguaje y los modos en que las personas organizan sus vidas en torno a los relatos que organizan sus tramas relacionales.

No obstante, con la influencia del giro socio cultural marcado por al advenimiento de la conversación sobre la posmodernidad, nos encontramos en un período de confusión paradigmática: la caída de las verdades únicas nos ha hecho a todos ser "líquidos", y en esa licuosidad nos vemos enredados en la tentativa de definir las diferencias; planteado en una interrogante, podemos preguntarnos: ¿somos todos narrativos? ¿qué clase de narratividad nos reúne y cuál nos diferencia? ¿podemos

pensar desde la narratividad que nos narra como terapeutas sistémicos posmodernos, que hemos llegado a un *claro* distinto desde el cual mirar diferente?

Planteado de otro modo, los clínicos sistémicos que nos preocupa el desde dónde realizamos nuestras prácticas -en contraposición a quienes sólo practican tecnologías- nos sentimos inquietos al no poder discernir con relativa precisión qué clase de narrativismo pensamos; como ejemplo, en nuestro ejercicio académico cuando nuestros estudiantes adscriben a investigaciones "narrativas", hemos tenido que inventar metodologías que permitan la exploración cualitativa, y en esa inventiva hemos tenido que rescatar y recuperar otros autores que nos ayuden a proveer de un marco comprensivo que comprendan los relatos explorados en torno a una pregunta de investigación. En este proceso formativo, nos hemos deformado en nuestra aproximación sistémica de segundo orden y con ello hemos recorrido otros caminos –a riesgo de perdernos- que nos ha traído a un nuevo punto de mirada: ¿qué clase de narrativos seguimos siendo?

A fin de atrevernos a plantear una diferencia que haga una diferencia en nuestra aproximación sistémica narrativa, queremos replantear conceptualmente las categorías descriptivas antes señaladas y a las cuales hemos adscrito como terapeuta sistémicos.

En primer término, ¿a qué contexto respondieron los primeros terapeutas sistémicos?

Tal como lo señalan Bertrado y Toffanetti en la Historia de la Terapia Familiar, los primeros modelos sistémicos se inscriben en un período socio político en el cual el contexto de pos guerra genera las condiciones para la diferencia metodológica en salud mental; en este sentido, las políticas públicas en EEUU demandan la intervención con familias profundamente alteradas por los trastornos postraumáticos. En este contexto, las investigaciones financiadas se focalizaron en patologías psiquiátricas que se intervenían institucionalmente, siendo la esquizofrenia la "prima donna" de las alteraciones mentales investigadas. La sobrepoblación de pacientes institucionalizados, el escaso conocimiento sobre las etiologías de los trastornos psiquiátricos y las políticas públicas que demandan la higiene mental familiar,

producen un conflicto entre la necesidad socio política y los escasos desarrollos clínicos orientados a las familias, dando cuenta de la hegemonía de la explicación individualista en salud mental. La década de los 60 demuestra a través de los movimientos sociales de la época, la insatisfacción con la comprensión individualista y plantean la necesidad de repensar la sociedad, la cual ya se piensa como generadora del malestar psíquico: la sociedad genera las condiciones para la enfermedad mental.

En este sentido, podemos volver a nuestras preguntas:

- ¿a qué preguntas respondió la primera psicoterapia sistémica?

Podemos decir, a los requerimientos pragmáticos de la sociedad norteamericana, de disponer de tecnologías de intervención con familias. En este sentido, responde a un fin PRAGMATICO

- ¿a qué reaccionó?

Al escaso conocimiento teórico que permitiera la comprensión de la influencia de los sistemas sociales sobre la salud mental de los individuos. En este aspecto, reacciona a un VACÍO TEÓRICO

- ¿desde qué estado de ánimo arrojó su respuesta?

Desde el clima aún beligerante de la posguerra, de un mundo dividido en 2 bloques que se muestran los colmillos para mostrar su poder; en un mundo donde aparecen movimientos sociales que desafían el establishment, en un mundo donde se requiere valor para contradecir el poder imperante; podemos señalar que la respuesta se inscribe desde el registro anímico del CORAJE –que esconde el miedo- y la DESCONFIANZA –que permite saber quién es el rival-

- ¿Qué comprensión previa hizo posible tanto la pregunta como la reacción de la respuesta?

El marco de referencia hegemónico, el Psicoanálisis; no pudo pensarse, entonces, el primer movimiento sistémico sino desde una comprensión psicoanalítica por

“default”. Así entonces, para pensar sistémicamente se requirió hacer desaparecer al objeto psicoanalítico, el individuo. Sin embargo, sabemos que en tanto hacer desaparecer, lo desaparecido brilla en su ausencia.

En este análisis, el primer movimiento clínico sistémico puede ser caracterizado entonces, por cuatro dimensiones:

1. EL SISTEMA, como objeto de estudio y análisis, desde su respuesta a un vacío teórico
2. EL PRAGMATISMO, desde la respuesta a la necesidad social
3. EL CORAJE y LA DESCONFIANZA, como estados de ánimo, que se expresan en la rivalidad y ataques al Psicoanáisis.
4. LA DESAPARICIÓN DEL INDIVIDUO, que en su ocultamiento nunca pudo dejar de estar presente.

La radicalidad política de las siguientes décadas comenzó a encontrarse con los márgenes de estas respuestas advirtiendo de igual modo la necesidad de enfrentar nuevas interrogantes. Sin embargo ello implicó un quiebre con la continuidad de las nociones clásicas de la sistémica, tanto en su teoría como en su performatividad terapéutica. Nos encontramos así con el distanciamiento –previo quiebre interno- de grupos como el de Milán, encarnado en el giro formativo de Boscolo y Cecchin, o en el giro de timón efectuado por el trabajo de Michael White y David Epston cuando el foco entre las narrativas opresoras y oprimidas desconcierta a un Minuchin que por más que examina no encuentra su noción de familia en estas prácticas con fines primordialmente emancipatorios. Del mismo modo, y amenazando aún más las lealtades sistémicas, los trabajos de Anderson y Goolishian o de Tom Andersen van declarando un foco de trabajo conversacional donde los sistemas humanos son reescritos ahora como sistemas puramente lingüísticos, invirtiendo el protagonismo clásico del sistema en su versión MRI. En fin, enfrentamos la retirada de las estructuras o –tomando en serio el eje central del reclamo posmoderno- llegamos al fin de la representación como categoría explicativa, o al menos al deseo de su retirada.

El horizonte de comprensión de las terapias sistémicas por estos años abandona –digamos salvo a Bateson- el discurso canónico del sistema. Un movimiento similar –hecho no casual- al distanciamiento de Lacan respecto de lo posfreudiano y su recuparación lingüística de las nociones freudianas clásicas.

Las terapias sistémicas avanzan en una singular hermenéutica: recuperan a Bateson con más fuerza que nunca, pero abandonan sus interpretaciones pragmáticas. Lo resitúan en un espacio inundado de lenguajes, de juegos y formas de vida, cuyas pautas de relación ya no son atribuibles a una pura estructura (familia parsoniana, sistema cerrado, contexto), sino a juegos complejos de relaciones donde el motor de la cibernética (su dimensión de movimiento) se haya ahora conducida desde una dimensión de sentido: la emancipación ante relatos subyugadores, aquellos con deseo de idioma respecto de sus hablantes.

Sin embargo, tal deseo emancipatorio reacciona no sólo al sistema terapéutico sino a la cultura misma de la terapia. Se cuestiona su deseo de solidificación encuadrado en sus hipótesis. Surge la inquietud respecto de la posición del terapeuta (el desplazamiento hacia la curiosidad y la irreverencia es ejemplo de ello), surge la inquietud respecto de la temible ventriloquía del especialista (¿por quién finalmente hablamos? ¿Por la institución, por nosotros, por la verdad de la salud mental?), surge así un nuevo terapeuta sistémico –o más bien envejece el clásico- ya no sólo operando estratégicamente orientado respecto de la física familiar, sino por sobre ello, se instala como operador político, esto es: se desea más que una pauta de salud o normalidad una pauta de libertad como práctica emancipatoria de la familia respecto de las sujeciones hegemónicas precisamente de la salud mental y sus juegos de normalización.

La noción misma de sistema despierta así de su inercia mecanicista (sus puras fuerzas, sus puros límites, sus puras escaladas, su todo más que la suma de las partes, su todo está en el “entre”) encontrándose no sólo con el lugar político de su operación –ya señalado- sino con la complejidad caótica de su verdadera naturaleza.

Con Morín y las teorías de la complejidad los sistémicos celebran inicialmente que “el todo siga siendo más que la suma de las partes”, pero ésta termina abruptamente cuando el mismo nos dice que el todo también es menos que la parte. El caos se instala cuando continúa y nos advierte que de todas maneras la parte es menos que el todo y varios etcéteras más.

La complejidad interpela la noción de sistema, la cual, sumada a la interpelación política de su juego insistente o transformador de nociones dominantes de lo humano dejan dos alternativas a lo sistémico: la transformación –y la retirada de ciertas nociones pragmáticas hasta ahí sagradas- o la defensa paradigmática, en una heurística negativa de su núcleo fundacional bajo el lema: la familia como sistema y el sistema como familia.

En la actualidad –y cito acá las jornadas sistémicas para el Bicentenario (nota siempre al margen aquel extraño y mañoso título de las mismas)- el mundo sistémico se divide desde esta dualidad tecnológica: por una parte están quienes insisten en su formación y práctica (digamos la mayoría) la inmaculada grilla discursiva de una sistémica ajena (o enajenada) del decurso complejo y político de sus propias nociones fundantes; y por otro, los sistémicos (quizá más relacionales sistémicos que sistémico relacionales) que encuentran en nuevas lecturas y horizontes disciplinares puentes para hacer productivo un pensamiento sistémico acucioso en sus formulaciones teóricas, en sus espacios de formación y en su construcción local.

Ahora bien, desde el horizonte de nuestro claro, el giro narrativo contenía en sí mismo el punto de fuga que ha dado lugar al problema central de la psicoterapia sistémica de los últimos 10 años. Desde fines de los noventa la “era narrativa” inicia una dilématica recuperación de la *cuestión individual*, puesto que para contar una historia se hacía precisa la consideración de un narrador, que en su relatar articula cierto punto de vista. El mismo Michael White instaló en los ochenta el proceso de “re-autoría” en el centro de las ambiciones de la terapia narrativa, en tanto reescritura de los relatos hegemónicos que han saturado la experiencia de los pacientes, a través de una

reinterpretación emancipadora de aquellos saberes que oprimen y obturan su carácter de agentes. Así, desde el mundo de las narrativas, la clínica sistémica inicia una nueva deriva hacia el problema del narrador y junto con ello hacia el problema del sujeto y la subjetividad. Antigua cuestión, abandonada corajudamente por la primera sistémica, en los ya mencionados esfuerzos por construir una alternativa a la comprensión individualista del malestar psicológico.

La recuperación de la pregunta por el sujeto en la psicoterapia sistémica a comienzos del siglo XXI y en el escenario del giro lingüístico en ciencias sociales, ha implicado varios desafíos. Por una parte, la pregunta por la posibilidad de dar continuidad, desde esta orilla, al núcleo duro del programa de investigación sistémico, y por otro lado, el desafío de dar continuidad al deseo de retirada de la representación inaugurada en los ochenta. En estos esfuerzos de articulación la dialogicidad bajtiniana, junto con las reflexiones posestructuralistas de Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, entre otros, comienzan a tomar parte en la escena. Una participación que ha comenzado a otorgar una nueva lectura a la *naturaleza relacional* del malestar psicológico, instalando la cuestión de la alteridad y la diferencia también en el prohibido territorio de "lo intrapsíquico". Es desde acá que es retomado el problema de la subjetividad, para ser pensado como movimiento permanente de un narrador descentrado, hablante de voces sociohistóricas, hermeneuta de discursos ajenos, sedimentador de sentidos e historias las cuales, en su condición polifónica y heteroglítica, contienen en sí mismas su vocación de fuga. Subjetividad como proceso incesante de palabras responsivas, eterno gerundio que en la narración y su temporalidad consigue articular una identidad provisoria, en un permanente movimiento que oscila entre la sedimentación y el quiebre.

El momento actual –que podríamos llamar el tercer momento de la psicoterapia sistémica- aparece recuperando una pregunta que había quedado ocluida en la psicoterapia sistémica por motivo de sus esfuerzos para visibilizar las condiciones sociales y políticas que participaban del malestar individual. Una pregunta que es reacción a las antiguas solidificaciones mecanicistas, pero también a las nuevas solidificaciones narrativas, que si bien abandonaron la dimensión estructurante de la

individualidad, insisten todavía en operar en un modo vertical, dada su fuerza anticipatoria y significante del individuo: la estructura que explica relacionalmente a un sujeto… luego, la narrativa que explica históricamente a otro... No obstante, se excluye en ambas performances el ejercicio transformador levantado desde el sujeto hacia la estructura o hacia la narrativa, en lo que con Ricoeur podríamos llamar una hermenéutica del reconocimiento.

Desde acá, pensamos que se precisan desarrollos teóricos y clínicos que sosteniendo una concepción relacional del malestar psicológico –en lo que tal vez es el más duro de los núcleos del programa de investigación sistémico- contribuyan a su actual momento con nociones que nos permitan pensar la subjetividad, así como el horizonte de sentido que donaremos a la operación deconstructiva que se pone un curso en el proceso terapéutico, en un movimiento que no margine la reflexión ético-política de la ontológica.

El foco estricto en *la relación* de la psicoterapia sistémica implicó durante años un abordaje que, para comprender el malestar psicológico, situó el problema fuera de los límites del individuo (cabe decir, contribuyendo por omisión a la mayor oscuridad de la caja conductista). Sin embargo, las nuevas perspectivas sobre *el narrador* hacen posible introducir lo relacional en un nuevo territorio, desde una concepción de sujeto descentrado, como operación incesante de movimientos de identificación, donde el Otro es condición para su advenimiento. La alteridad no se restringe a individualidades otras que dan nacimiento a relaciones interpersonales. Esta noción instala la *responsividad* y la *diferencia* en el corazón del problema ontológico. El sujeto como entramado de posicionamientos que son respuesta a Otro, en una particular escena –lingüística/histórica/biográfica- donde la diferencia de sí no traza un límite definitivo, sino que es fantasma provocador y productor incesante de apariciones, en una danza de claridades y opacidades.

La dialogicidad bajtiniana colabora interesantemente en estos devenires. Para Bajtín (1975/1989) todo enunciado siempre es respuesta a Otros, que habitan en la palabra. La otredad frente a la cual acontece el yo, aquella marca lingüística que para

Benveniste señala el nacimiento de la subjetividad, cobra en la obra bajtiniana centralidad, en la medida que la naturaleza del discurso es dialógica, no acaba ni termina en un enunciado, sino que se entrama en una cadena de enunciados previos y posteriores a los cuales siempre está respondiendo. El yo, como posición, siempre se define en relación a posiciones previas y venideras, que acontecen en aquella cadena de enunciados. El sujeto acontece, entonces, siempre de cara a otros, sujetos o posiciones en el discurso, que constituyen para Bajtín (1975/1989), tomas de posición valorativas que son también respuesta a otras posiciones, en una cadena de diálogo cuya recursividad no tiene fin.

Así, la alteridad es condición del nacimiento del sujeto, el que acontece como movimiento de responsividades situadas. Se trata, de este modo, de un sujeto que tiene lugar *en relación* a una cadena de otros, materiales y virtuales (Haye & Larraín), a los que constantemente responde. Esta subjetividad no tiene carácter de sustancia y tampoco es concebida como reverso de su diferencia: tiene lugar, justamente, como orquestación de voces cuyo origen siempre excede al hablante, voces que lo preceden y determinan su campo de responsividades y que constituyen aquel "tesoro vivo" de palabras ajenas que para Bajtín es el lenguaje. La ajenidad en el corazón de un sujeto descorazonado, que acontece como rodeo responsivo.

Esta concepción de *sujeto en relación* que acontece como respuesta y entramado de ajenidades, instala la diferencia ya no como aquello que se opone a la identidad, sino como expresión que afirma otra cosa. Desde una ontología de la expresión –como resistencia a una ontología de la representación- la diferencia señala una *singularidad* que no es unidad o *parte* que debe ser representada en un todo, o arrojada por fuera de dicha totalidad, sino multiplicidad creadora que no aspira a la correspondencia con alguna profundidad, sino que se asoma como potencia creadora. Desde acá, la subjetividad no es concebida como conjunto de partes que constituyen un todo con fronteras por fuera de las cuales habita una diferencia que permite su reconocimiento como sustancia, sino como un entramado de singularidades *entre* las cuales siempre habita el exceso, ese resto que con Deleuze podemos decir, se resiste a la identificación, disparando el sentido hacia otro lugar, al modo de una fuga. Un resto

que habita en los intersticios de la palabra, a través del cual se cuelan otras palabras, otras imágenes, otras representaciones.

La diferencia como singularidad que excede la representación se halla, de este modo, en el corazón de la cuestión subjetiva desde una mirada relacional. Ahora bien, el exceso siempre lo es en relación a una identificación o representación, que con Ricoeur podemos decir es sedimento provocado por la operación narrativa. La narración y su temporalidad permiten responder a la pregunta por el agente de una acción y con ello dan una tregua a la multiplicidad, haciendo posible el reconocimiento de sí. Reconocimiento de un sí-mismo –o ipseidad- que no es sustancial, sino fruto de la narración de la historia de una vida examinada, y que será ser refigurada en cada historia que el narrador cuente de sí mismo. Un sí-mismo que tolera el cambio, la mutación, la contradicción y la fisura. Al igual como se pueden componer diversas tramas a propósito de los mismos sucesos, siempre es posible articular sobre la propia vida tramas diferentes, incluso opuestas.

Es así como va perfilándose una concepción de sujeto relacional en tanto movimiento permanente entre la sedimentación de lo ajeno vuelto mismidad y su quiebre. Se trata de un proceso que encuentra en la narración la posibilidad de un reconocimiento de sí, pero que dado su descentramiento, ajenidad y responsividad, se halla permanentemente asediado por la diferencia. Aquí la noción de *aporía* derridiana nos colabora a la hora de ensayar nuevas aproximaciones a la pregunta por la subjetividad y los modos en que dichas aproximaciones dislocan el dispositivo terapéutico. La subjetividad como proceso aporético, esto es, proceso que contempla el acontecer simultaneo de singularidades que no aspiran a una representación que garantice su coherencia y que por lo tanto es tolerante de la contra-dicción, instala como eje para su comprensión el ya descrito interjuego entre la mismidad sedimentada y el asedio de la diferencia y, con ello, abre la escena de la psicoterapia sistémica relacional a nuevas consideraciones clínicas.

Algunos terapeutas sistémicos han tomado esta deriva hacia la subjetividad. Propuestas como la *poética* de Marcelo Pakman, responden al esfuerzo de recuperar la

singularidad de la vivencia del consultante, aquello que excede a los significados que configuran las identidades y narrativas como totalidades coherentes. Con la noción de poética, Pakman señala aquella dimensión de la experiencia humana que se encuentra en el límite del proceso de significación, en la que comparece de modo simultáneo al mundo de significados consensuales, y cuyo despliegue, caracterizado por una particular pregnancia y sensualidad del decir, inaugura –como sorpresa- un punto de fuga de las fuerzas micropolíticas que guionizan nuestra experiencia de realidad y de verdad.

Por otro lado, John Shotter & Arlen Katz (1999) y sus propuestas sobre el *habla poético-relacional* y la *comprensión relacionalmente responsiva* en relación al trabajo de Tom Andersen, consideran también, siguiendo la bellísima expresión de Susan Sontag, esta erótica de la palabra, que abre paso al despliegue de mundos y significados que comparecen simultáneos, sin aspirar a la coherencia y consistencia opresora de una subjetividad como representación.

Peter Rober y sus desarrollos sobre la conversación interna del terapeuta y el self dialógico, también se orientan a un trabajo clínico atento a las singularidades que co-habitan, como voces o imágenes del silencio, el diálogo terapéutico, habilitando una apertura del sentido, hacia lugares que exceden la representación del malestar.

Siguiendo esta deriva, es posible mencionar nuestro propio trabajo en la línea sistémica de la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, donde hemos comenzado a instalar tal noción de *aporía* como eje articulador de nuestro trabajo formativo e investigativo. En particular, las consideraciones que desde el equipo de investigación Aporesis -perteneciente al equipo de trabajo y asesoría sistémica Eqtasis- hemos desarrollado respecto de una primera sesión de psicoterapia. Como alternativa a los tradicionales dispositivos anamnéticos de primera sesión, que pretenden desde un protocolo de preguntas categorizar al paciente y su malestar, proponemos un trabajo que apunte, ya no a la continuidad de la representación narrativa del problema, sino a favorecer lo que hemos dado en llamar *momentos de*

interrupción de las sujeciones narrativas dominantes, dislocando desde el comienzo la micropolítica del malestar y su hegemonía explicativa.

Es así como desde el jardín de los modelos sistémicos se abre camino a desarrollos clínicos que, desde el claro en el cual estamos situados, nos parece inauguran un tercer momento. Uno donde la comprensión relacional de los problemas psicológicos comienza a transitar nuevos territorios, que desafían los límites tradicionales del pensamiento y dispositivos clínicos sistémicos, recuperando la pregunta ontológica de la caja negra en la cual había sido encerrada. Se trata de un momento en el que las fronteras de su programa de investigación son atravesadas en miras de dar un nuevo rumbo a los corajudos esfuerzos de resistencia a la individualización del malestar psicológico y al disciplinamiento de los cuerpos y su categorización desde las tradicionales nociones de la salud y la enfermedad del modelo médico. Una resistencia que ahora se debate dentro de los márgenes de las vicisitudes del narrador y sus esfuerzos emancipatorios, como operación permanente e incesante de interrupción, o retomando a Ranciere, intervalos, que hagan posible recuperar la condición poética de la existencia.